

Mas al morir ordenó
 que una fuerte cantidad
 su albacea á la ciudad
 de México remitiera,
 y que con ella cumpliera
 su secreta voluntad.

Como tiempo
 cuanto tiempo, irio, marte
 entre la vida y la muerte
 estuvo suscitado allí
 Jamás la eterna oi
 que tal cosa consista
 Sólo á una el padre. La
 que tanto tiempo andó,
 que absorto el
 que el sílono no



Largas y mortales horas
 duró tan fiero agonía;
 vino, y fin la luz del día
 con sus tintas seductoras
 Visiones encantadoras
 voces, músicas y canto,
 suspiros, quejas y llanto,
 indecisa luz y vagar
 todo cesar, si fin se spaga
 como por obra de encanto.

Tres días después pasó
 Campero á la sepultura,
 que una estruena calabrera
 la vida le arrebató.



IDILIO FUNEBRE

EPISODIO VULGAR

En las torres de la Iglesia
 toca á muerto la campana,
 y es su fúnebre tañido
 triste adiós que dice á un alma,
 Toca á muerto, y en la aldea
 están las puertas cerradas,
 y las mujeres reunidas
 dan al cielo sus plegarias.
 Está el hogar desolado,
 el hogar que fué de Marta,
 y hay llano en todos los ojos
 hay pena en todas las almas.
 La muerta yace tendida
 en el medio de la sala
 y en cuatro hachones de cera
 se ven temblar cuatro llamas.

El esposo desolado,
 en un rincón de la estancia,
 da á su dolor doble curso,
 dejando correr sus lágrimas.

Terminan las oraciones,
 los cuatro cirios se apagan,
 y se acercan cuatro amigos...

¡Se van á llevar á Marta!

En el ataúd la ponen,

y el marido se levanta,
 y de su pecho un sollozo,
 como la tormenta estalla.

Se arrodilla junto al lecho,
 estrecha la mano helada
 de la muerta, y en la frente
 el beso postrer estampa.

Y se llevan á la muerta

á la parroquia cercana,

y al fin se alejan las gentes
 de la fúnebre morada.

Y sigue triste el esposo
 morando á la esposa amada,
 y una mano cariñosa
 su llanto acerbo enjugaba.

La amiga fiel y constante,
 la más querida de Marta,
 ¿Quién mejor que ella podría

consolarlo en su desgracia?
 El uno junto del otro,
 con las manos enlazadas,

recibe el uno consuelos,
 prodiga la otra palabras.

—¡Quién cual ella podrá amarme!
 el marido, al fin, exclama,
 y las fuentes de sus ojos
 como ríos se desatan.

—¡Quién sabe, replicale ella,
 no huya de ti la esperanza,
 que eres tan noble y tan bueno
 que otras hay que mucho te aman.
 Y las manos se estrecharon
 más y más, y en las miradas
 dos relámpagos surgieron
 que se confunden y abrazan.

Tres meses después la amiga,
 la amiga mejor de Marta,
 al esposo consolado
 amor eterno juraba.

